

ARIADNA



Y EL CÍRCULO DE LA AUDACIA

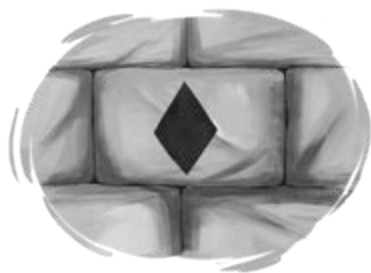


CONTRA LOS DIOSES

SILVESTRE VILAPLANA

PRIMERA PARTE

EL REENCUENTRO



1

SOLA Y ABANDONADA

Hola, soy Ariadna de nuevo. No sé si es la primera vez que os acercáis para conocer mis aventuras en compañía del Círculo de la Audacia o si ya habéis leído algunas de las peripecias extraordinarias vinculadas al mundo de la mitología que nos están ocurriendo desde hace una larga temporada. Os pongo en situación y al mismo tiempo os explico cuáles eran mis circunstancias en aquel momento.

Lo más destacado era que estaba sola. Era un requisito indispensable para mi supervivencia porque necesitábamos estar protegidos de nuestros enemigos y, para lograrlo, nos hacía falta el más absoluto de los anonimatos. Por eso en mis documentos aparecía un nombre que no era el mío y por eso todos los miembros del Círculo de la Audacia vivíamos en lugares donde no pudiéramos tener contacto con nadie o donde pasáramos desapercibidos.

Columbrete Grande es la mayor de las Islas Columbretes, pero apenas ocupa una extensión de catorce hectáreas de tierra en forma de C. La isla está presidida por un faro precioso construido en 1856 que hace tiempo que es controlado remotamente desde la península. Antes había un

farero que vivía allí. Ahora ya no. Durante meses, yo había ocupado la única construcción de la isla, rodeada de mar y de silencio. Tan solo me consolaba que había recuperado la flauta y que, después de mucho tiempo sin la oportunidad de hacerlo, había practicado muchas horas. ¡Qué remedio, si estaba aburridísima!

Tenía horas para pensar en lo que me esperaba en el futuro y en cómo había llegado a aquel extremo. Supongo que recordáis que el Círculo de la Audacia somos una pandilla *heterogénea*, que diría mi profe de lengua; es decir, que somos diversos, extraños y yo diría que, incluso, somos raritos (unos más que otros). Nikos, que es hijo de un dios y de una humana, y Giorgios, un viejo que conoce el mundo mitológico al que nos enfrentamos, aparecieron un día en mi vida por sorpresa. Con ellos venía el dios Hermes con su poder de moverse a través del mundo a toda velocidad, una habilidad que, cuando lo tocamos, podemos compartir. El dios tiene otras destrezas, como la capacidad de sanar y la de ser un ladrón muy efectivo.

Yo no quería ir con ellos, pero me vi obligada a hacerlo porque el oráculo de Delfos me había elegido para formar parte de este grupo tan especial. Pitia, la sacerdotisa del oráculo, había escogido a dos miembros más para integrar el Círculo de la Audacia: Hamida, que es una joven con una habilidad física extraordinaria, y Robert. Si ya conocéis alguna de nuestras peripecias, estoy segura de que recordaréis su manera particular de ser. Robert es una persona muy inteligente, especialmente en todo aquello



relacionado con ordenadores y tecnología, pero es muy peculiar. Es quejica, llorón y aparentemente está lleno de traumas y de miedos.

Paseando día tras día junto al mar, tenía muy presente que el motivo que nos había reunido a todos era recuperar unas reliquias creadas por los dioses para destruir a la humanidad. Según el vaticinio de Delfos, solo nosotros, actuando juntos, tenemos la posibilidad de impedir el desastre.

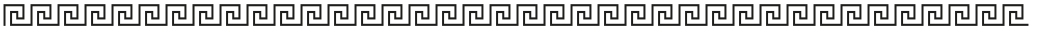
No os contaré aquí las dificultades que padecimos para conseguir la espada de Tánatos ni cómo, después de dejar la primera reliquia en manos de la mujer serpiente de Delfos, tuvimos que ir a buscar la segunda pieza: el arca de Hipnos, un arma devastadora que podía aniquilar a la mayor parte de los humanos contagiándonos una enfermedad. Eso ya lo he narrado en los otros dos volúmenes de *Ariadna y el Círculo de la Audacia*: primero, en *La espada de Tánatos* y, más tarde, en *El reino de los muertos*. Al final, las dos reliquias las habíamos dejado en Delfos, pero Mr. Jones y sus hombres habían entrado armados a las profundidades del oráculo para encontrarlas.

Desde el faro observaba el horizonte y me imaginaba cómo sería la tercera pieza que nos quedaba por recuperar. El oráculo nos había indicado que debíamos separarnos una temporada y pasar a la clandestinidad. La última de las piezas estaba en el Olimpo y Hermes tenía que negociar nuestra llegada a la tierra de los dioses mientras nos ocultábamos.

Ya sabéis que no me gusta estar sola. Si no tengo compañía, le doy muchas vueltas a las cosas, pienso en mi vida y me siento triste y desgraciada. No sé si lo recordáis, pero Mr. Jones había secuestrado a mi madre y a mi abuelo. No me los quitaba del pensamiento ni un instante y me preguntaba cómo estarían. Tampoco había acabado de asimilar que, justo unos días después de recuperar a mi padre en el inframundo, lo había vuelto a perder. ¿Y mis amigas? Las echaba mucho de menos. Había pasado tantos meses sin verlas que no sabría ni qué contarles y, si les contara lo que me había ocurrido, no se lo creerían.

Me desesperaba en la isla, a pesar de saber que debíamos ser discretos y mantenernos ocultos. Teníamos adversarios muy peligrosos que nos buscaban. Mr. Jones era uno de nuestros enemigos más brutales. Él encontró la espada de Tánatos, pero nosotros se la robamos y nos odia por eso. Pudimos escapar de sus manos cuando pretendía capturarnos. Además, había otro enemigo estremecedor en quien intentaba pensar cuando se hacía de noche y me sentía sola y sin ayuda. Era una de las figuras más espantosas que os podáis imaginar, un personaje oscuro y todopoderoso que parecía controlar la situación. Estábamos seguros de que ese ser oscuro quería las reliquias para conseguir el poder sobre los dioses, lograr el dominio absoluto sobre el Olimpo y tener la capacidad de aniquilar la vida en la Tierra.

Y así estaban las cosas en aquel momento. Hermes tenía trabajo. Tendría que darse prisa para negociar con los dioses nuestra entrada en el Olimpo y recomponer el



Círculo de la Audacia, porque era la única manera de obtener la tercera de las reliquias. Mientras tanto, yo esperaba y me imaginaba que mis amigos debían de sentirse tan impacientes y tan hartos de estar solos como yo.

Todo era incertidumbre a mi alrededor, todo estaba por hacer y no sabía si todo sería posible. La aventura más increíble iba a comenzar y yo estaba sola y llena de dudas. Pero vayamos por partes. Aunque yo no lo sabía, todo estaba a punto de ponerse en marcha.

Empezamos.

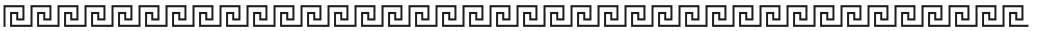


2

EN MEDIO DE LA CATÁSTROFE

Para empezar esta parte de la historia, tengo que ubicaros en medio de la catástrofe. Por la noche. En el interior de una cueva que había estado oculta durante siglos. Un numeroso grupo de militares provistos de material bélico de última generación había hecho saltar por los aires la entrada a los pasadizos donde habitaba Pitia, la mujer serpiente del oráculo de Delfos.

Hacía semanas que Mr. Jones había monitorizado los alrededores de Delfos y, como nos había visto, sabía por dónde tenía que incidir para entrar. Además, el empresario había dedicado muchas horas al estudio de la documentación que había recogido su antepasado sobre las reliquias. Por eso, podía anticiparse a los acontecimientos y se sentía cómodo dentro de aquel mundo donde la magia y la realidad se unían. Asimismo, contaba con la ayuda de aquel personaje maléfico de rostro imposible que lo guiaba. Y Mr. Jones estaba dispuesto a obedecer a aquel ser hasta el final, traspasando las líneas rojas que fuera necesario. No por dinero, no por poder, no por los lujos exclusivos que había en el mundo: el empresario lo tenía todo al alcance



de la mano. Lo seguía porque podía darle lo único que nunca podría comprar, el mayor regalo que nadie podía ofrecerle: la vida eterna.

El dios oscuro le había explicado que había llegado la hora de dar un paso al frente y romper las barreras del mundo sagrado. Mr. Jones había notado en las palabras de aquel ser la violencia, la rabia, el deseo de muerte y una cólera y una determinación muy superiores a las que estaba acostumbrado y a las que él mismo solía sentir. Pero ya no había vuelta atrás. Apostaba el todo por el todo. Estaba en la partida final, en la que las apuestas eran absolutas. El único camino que podía seguir era el que le marcaba aquella criatura misteriosa. Estaba demasiado implicado para renunciar. El problema era que no sabía si la jugada lo conduciría al triunfo o a una derrota incondicional.

—¡Adelante! —ordenó al capitán del comando cuando las cargas explosivas reventaron el acceso al interior de la cueva. Y, entonces, estalló todo.

Los mercenarios entraron disparando a discreción. Eran hombres valientes, pero sabían que se enfrentaban a circunstancias que no habían vivido nunca. Les habían llegado rumores de algunos compañeros sobre acontecimientos anteriores. Se hablaba, a media voz, de hechos inexplicables, de personas que desaparecían ante sus propios ojos; se murmuraba sobre objetos malditos, intocables; había quien fantaseaba sobre espíritus que conversaban en la oscuridad de la noche con el hombre que los había contratado; se narraban ataques en el mar surgidos de la

nada, indetectables y mortales... Tantas leyendas extraordinarias que no podían ser todas mentira.

Además, parecía que muchos de los camaradas que formaban parte del grupo de mercenarios habían dejado de dar señales de vida de manera desconcertante. No se sabía si estaban muertos o si la discreción exigida y el dinero que habían ganado con Mr. Jones los habían incitado a esfumarse sin previo aviso. Quizás por eso los más supersticiosos llevaban cruces de plata colgadas del cuello, amuletos africanos atados a las muñecas o cualquier talismán que pensaran que podía protegerlos. Algunos habían dudado hasta el último momento si aceptar o no aquel encargo, pero, después de todo, la cantidad de dinero a ganar era extraordinaria y compensaba los riesgos.

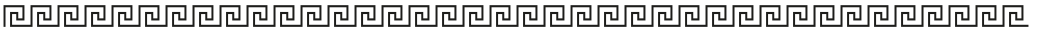
El ruido de las balas dentro de la cueva era ensordecedor. Los hombres buscaban objetivos de los que defenderse o algún posible enemigo, pero allá dentro solo había roca.

—¡Alto el fuego! —ordenó el capitán.

Los hombres apartaron el dedo del gatillo, pero se mantuvieron atentos. No querían sorpresas.

El capitán pasó por delante de ellos y encabezó el camino hasta un lugar donde la cueva se ensanchaba y se ramificaba en cinco entrantes muy oscuros. Justo en medio de aquella zona de la gruta había una fuente y un laurel inmenso que, en aquel espacio recluso y sin luz del sol, rompía todas las leyes de la botánica.

—¡Dividíos! —ordenó el capitán.



Los mercenarios eran profesionales y se reagruparon en pequeños comandos de cuatro hombres. Cada uno entró por una de las aberturas. El capitán permaneció en la gran gruta acompañado de tres hombres más. La decisión de Mr. Jones de trasladarse con aquel pequeño ejército había sido acertada. Ahora podía cubrir todas las contingencias.

Los primeros ruidos de disparos llegaron procedentes del túnel que se encontraba más a la izquierda, pero enseguida se extendieron a las otras cavidades, como si los soldados se hubieran puesto de acuerdo en abrir fuego. Las detonaciones pronto se mezclaron con gritos escalofriantes, alaridos de dolor de los mercenarios que fueron desvaneciéndose junto con el fragor de las armas.

—¿Qué está pasando? —preguntó el capitán a través de la radio—. ¡Contestadme! ¿Qué está pasando?

Pero no hubo respuesta. Los tres hombres que lo acompañaban se situaron en la entrada de las grutas y apuntaron con las armas hacia el interior.

—¿Qué hacemos?

El capitán no lo sabía. Había dirigido tropas en desiertos, entre montañas, en selvas, en los países más peligrosos de la tierra, pero ahora sentía que se enfrentaba a un enemigo desconocido a quien no sabía cómo vencer.

—¿Qué es eso? —gritó uno de los hombres.

Por el túnel había aparecido un animal del tamaño de una rata. Era pequeño y oscuro y tenía unos cuernos estrechos y alargados delante, como si fuera un saltamontes.

En el centro de la cabeza mostraba una agrupación de ojos parecidos a los de una araña y de la frente le nacían unas tenazas de cangrejo amenazantes. La criatura hacía un ruido desagradable que molestaba en los oídos.

—¡Dispara!

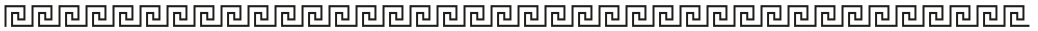
El mercenario apuntó y el bicho saltó por los aires golpeado por la fuerza de las balas. El animal lanzó un grito de dolor y, justo en aquel momento, a través de las profundidades de las cinco excavaciones se pudieron oír los chillidos de más criaturas como aquella.

—¡Dios mío! —exclamó uno de los soldados.

—¡Poned cargas para taponar las cuevas! —ordenó el capitán.

Los militares actuaron con rapidez. Adhirieron explosivo plástico en la boca de las grutas y dieron al capitán el botón que las haría estallar. De fondo, cada vez más próximo, se oía el alboroto de las criaturas que se aproximaban. Por el ruido, parecía que debía de haber miles de aquellos insectos repugnantes.

El capitán, con el dispositivo en la mano, pensó si usarlo o buscar una solución alternativa. El objetivo de la misión se lo habían dejado claro: apoderarse de los dos objetos que se escondían en la cueva del oráculo de Delfos, una espada antigua y un arca que no debía abrirse bajo ninguna circunstancia. El capitán sabía que, si hundía la caverna, dificultaría muchísimo la posibilidad de encontrarlas y, por lo tanto, no podría obtener los beneficios que le habían prometido.



Por una de las bocas de la cueva aparecieron dos criaturas más. Los soldados dispararon contra ellas de inmediato y las mataron. Rápidamente, nuevas bestias surgieron por otra de las aberturas.

—¡Por favor! —suplicó uno de los mercenarios—. Pulse el botón o moriremos todos.

El griterío de los pequeños monstruos se oía cada vez más cerca. El capitán suspiró. Aquellos bichos habían matado a algunos de los hombres más valerosos que conocía y entendía que no tendría oportunidad de salir vivo si llegaban a aquella sala. Y, si estaba muerto, tampoco podría disfrutar del dinero prometido por Mr. Jones.

Cerró los ojos y pulsó el botón.

El estallido fue brutal. La fuerza del explosivo no solo hizo caer las cinco grutas, sino que la onda expansiva lanzó por los aires a los cuatro hombres y los ensordeció momentáneamente.

Los militares se levantaron y, entre el polvo, apuntaban a todas partes buscando restos de los atacantes. Temían que alguno de aquellos insectos asquerosos hubiera podido acceder al lugar donde estaban.

—¡Nos hemos salvado! —exclamó uno de los hombres al ver que no había movimiento.

El capitán asintió y se sentó junto a la fuente que presidía la estancia. Le habían dicho que aquel manantial se llamaba fuente de Casotis. Introdujo la mano en el agua y la utilizó para limpiarse la cara. Tenía el rostro cubierto de polvo y de pequeñas heridas de donde manaba un poco

de sangre. Pensaba cómo explicaría a su superior lo que había ocurrido, cuando lo vio: bajo las aguas de la fuente, en el interior de la balsa, había algo. El capitán lo iluminó con la linterna. Dentro del agua se podían distinguir una funda negra y una pequeña arca.